

Editorial

Tomaré como punto de partida que todos los involucrados tenemos un acuerdo general sobre la calidad académica. Es decir, no está en discusión qué es la calidad académica. Si suponemos que tenemos un acuerdo básico sobre su significado y sobre sus intenciones (sociales, culturales, históricas, éticas, estéticas y políticas), probablemente se pueda extender el supuesto, abusivamente tal vez, a que la docencia y la investigación son parte medular de la misma.

En la universidad hay docentes e investigadores; y en algunos casos, una combinación de ambos. ¿Qué tal pensar en la idea de distinguirlos? ¿Es posible encontrar alguna fundamentación lógica que los justifique por separado en su estado puro? Una manera podría ser diferenciarlos por aquello que cada uno elige como eje central de su actividad.

Docente: aquél que hace de la relación enseñanza-aprendizaje el eje central de su actividad profesional.

Investigador: aquel que hace del conocimiento y de su búsqueda, el eje central de su actividad profesional.

El primero tiene como mediador, como intermediario, al conocimiento; constituye este, entonces, el hilo que cose la relación entre el que quiere aprender y el que quiere enseñar. Pero el conocimiento, en el fondo, no es más que una excusa. La “cosa” es más densa. No se trata de “vaciar” en el otro datos e información... o conocimientos. Eso, tal vez, es imposible. Se trata de lograr que el otro quiera. Que tenga la voluntad, la pasión, el gusto y por qué no, el sufrimiento voluntario del aprender. Busca que el otro se conozca mejor a sí mismo, que se reconozca por lo que es, lo cual, casi siempre duele. Para ello el docente tiene que tener el tiempo, la disposición, la voluntad; y la fascinación por lograr que otro descubra, y se descubra, por sí y para sí.

El docente navega en la posibilidad de acompañar a otro ser humano que se transforma. Es un testigo activo que empuja, impulsa e influye intencionalmente en otra persona. En su desempeño profesional le corresponde buscar las maneras, aunque sean conflictivas, muchas veces lo son, de exponer al estudiante ante sus límites en la búsqueda de su autorreconocimiento y del conocimiento. También ante sus capacidades. Simultáneamente, busca el silencio necesario para reflexionar sobre lo que hace y aprende de ese retorno

crítico corrigiendo o validando su quehacer. Cuando los resultados se obtienen, serán para siempre. Cuando el estudiante comprende el proceso, convierte, espontáneamente, naturalmente, en maestro a su profesor. Al maestro le interesa la pasión humana y es vanidoso con los logros del otro, pues corresponden con sus propios logros. Si avanza en el cumplimiento de esa meta, el estudiante terminará con un conocimiento posiblemente superior al del maestro y este se sentirá satisfecho por ello. Más que el conocimiento en sí mismo, su desafío es tocar el espíritu de otros con tal profundidad, que cuando ellos se den cuenta, ya no habrá retorno; ya no habrá nada que hacer. Ya no habrá punto de giro. El estudiante será impelido y guiado por una fuerza que le resultará, además de voluntaria, irresistible.

El segundo está engolosinado con el descubrimiento; con las grandes o pequeñas fracciones que corren el saber. Estará inmerso, casi siempre formalmente, en un proyecto. Cuando lo termine, su mente ya estará abierta a nuevas preguntas y por tanto, a nuevos proyectos. Si un aprendiz lo acompaña en su actividad investigativa, entonces tiene la oportunidad de refinar su formación, la del aprendiz. De motivarlo para que siga sus pasos, intencionalmente o no. Aquí el hilo que cose la relación es el descubrimiento; es el nuevo conocimiento. Se trata de otra pasión. La pasión del saber por sí mismo: la encarnada insaciabilidad por el conocimiento. Un aprendiz de investigación, probablemente ya llega al ejercicio investigativo con una motivación por el saber, aprendida en una fase anterior por culpa de algún maestro. En esta fase se trata de recibir el “testigo” que otros han llevado por un tiempo que puede ser de muchos años. Puede ser que el aprendiz llegue a desbaratarlo todo; a cuestionarlo todo. Entonces el investigador, probablemente, odiará al maestro. Si su ego y vanidad lo permiten, quizás aprenderá también algunas lecciones de su aprendiz. Tal vez tuvo a un maestro que le enseñó a ser desconfiado con lo que sabe; a ser esquivo con la autocomplacencia y con la tentación de sentirse pletórico con lo que se supone sabe. Así, todos, maestros, investigadores y estudiantes, avanzaremos en la calidad académica, incluso, aunque no tengamos claro qué es.

Álvaro Albán Moreno
Editor invitado